

EL SACERDOTE, UN ORFEBRE MUNDANO

The Priest, Artisan of World

HERNANDO URIBE CARVAJAL OCD*

Resumen:

Es una reflexión sobre el sacerdocio común de los fieles y sobre el sacerdocio ministerial, íntimamente unidos. Ya el sacerdote del Antiguo Testamento (hiereis) tenía la función esencial de mantener al pueblo consciente de su carácter sacerdotal y así glorificar a Dios con toda su existencia. Como Cristo lo hace todo nuevo, más aún, él es el nuevo obrar de Dios, el fin último del ministerio sacerdotal, a semejanza del único sacerdocio de Cristo, consiste en "hacer que el mundo entero entre a formar parte del cuerpo de Cristo, a fin de que Dios lo sea todo en todos" (J. Ratzinger) hasta hacer del mundo el templo y la oblación para Dios. La profesión del sacerdote es humana y divina a la vez. Está llamado a ofrecer la existencia al Creador poniendo en cada gesto el sello del amor, que une en cada instante el cielo con la tierra, la tierra con el cielo.

Palabras clave: Orden sacerdotal - Eclesiología - Espiritualidad

Abstract:

It is a reflection on the common priesthood on the faithful and the ministerial priesthood, intimately linked. Now the priest of the Old Testament (hiereis) had the essential function of keeping the people aware of his priestly character and thus glorify God with their whole existence. As Christ makes all things new, even more, he is the new act of God, the ultimate goal of the priestly ministry, like the one priesthood of Christ, is to "make the world becomes part of the body of Christ, so that God may be all in all" (J. Ratzinger) in another words, to make the world the temple and the offering to God. The profession of the priest is human and divine at once. Is called to render the existence of the Creator put the stamp in every gesture of love, which binds every moment heaven and earth, the earth and heaven.

Key words: Priesthood - Ecclesiology - Spirituality

* Doctor en Filosofía por la Universidad Santo Tomás, Roma. Actualmente pertenece al Instituto de Espiritualidad de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Artículo recibido el día 23 de agosto de 2009 y aprobado por el Comité editorial el día 28 de octubre de 2009.

Dirección electrónica: hemandouribe@une.net.co

PUNTO DE PARTIDA

Hablar del sacerdote es fácil y difícil. Lo más grande y lo más pequeño, lo más admirado y lo más despreciado, lo más mundano y lo más sagrado, lo más humano y lo más divino. Según el que mira. Ser sacerdote es una profesión como las demás. Profesión es el oficio que cada uno ejerce y por el cual percibe una retribución. Puede referirse al cuerpo o al alma o a la unidad de cuerpo y alma. Cada sacerdote la ejerce a su manera, identificado con ella o como algo marginal a su vida. El sacerdote es mundano, pertenece a este mundo. El mundo de Dios está en todas partes. En la tierra y en el cielo. Donde está Dios es el cielo. Si para mí, Dios está aquí, éste es el cielo. Para mí. El sacerdote tiene la tarea de descubrirlo, vivirlo, irradiarlo.

El sacerdote tiene el compromiso de darle sentido a la existencia, suya y de los demás. Cada uno tiene su capacidad y convicción. Viajar a la propia intimidad es función sacerdotal. Hace familiar lo que dice el proverbio danés: "El fondo de tu corazón está más lejos que el fin del mundo". Es sacerdotal la forma como se dedica a viajar por él, a descubrirlo, a sentirse embelesado ante tal maravilla, a cultivarlo con esmero y a compartirlo con pasión para que los demás hagan lo mismo. Sabe por experiencia lo que afirman los sufíes: "Quien elige el camino del corazón no se equivoca nunca". Gran cualidad la de acertar en sentimientos, pensamientos, palabras y acciones. Una solicitud infinita guía cada paso. Al sacerdote le cabe lo que dice Kafka: "No hay necesidad de salir de la habitación. Basta con sentarse a la mesa y escuchar. Ni siquiera es necesario escuchar, sólo esperar. Ni siquiera hay que esperar, sólo aprender a estar en silencio, quieto y solitario. El mundo se te ofrecerá libremente para ser descubierto. El no tiene otra alternativa; caerá en éxtasis a tus pies". El éxtasis. Al sacerdote le cabe el gozo de vivirlo y contagiarlo a los demás, a toda la creación. Vivir fuera de sí, inundado de Dios.

EL SACERDOTE, UN ORFEBRE

El sacerdote disfruta con pasión la propia compañía, la autocompañía. La soledad le enseña a vivir fascinado de su vocación, ser orfebre de corazones. Cuanto más los pule, mayor es su felicidad. La de los limpios de corazón, patrimonio común de los seres humanos, de todos los seres de la creación. Se siente comprometido en hacer partícipe a toda la creación de la maravilla que es vivir en comunión con el Creador. Le encanta la palabra orfebre, la persona que labra objetos artísticos de oro, plata y otros metales preciosos. El orfebre es sacerdote, el sacerdote es orfebre. Hay metales que se labran con las manos del cuerpo y metales que se labran con las manos del alma. Labor de la vida cotidiana. De ella tienen experiencia todos los seres humanos, cada uno a su manera. Todos participamos de la vocación sacerdotal: ofrecer la existencia al Creador poniendo en cada gesto el sello del amor.

El orfebre conoce el alma de los metales preciosos porque la ama con locura. Por eso los labra con maestría. Descubre en ellos formas arrobadoras de belleza. En sus manos, los metales preciosos se llenan de gratitud por la destreza con que los acaricia y los pule. Un orfebre del espíritu se expresa así: "Hay personas que se sumergen

El sacerdote, un orfebre mundano

totalmente en la oración, como los peces en el agua, porque están totalmente entregadas a Dios. Su corazón no está dividido ¡Cuánto amo a estas almas generosas! Hablan con el Señor del mismo modo que hablamos entre nosotros”¹. El Cura de Ars fue orfebre de almas. Engastadas en cuerpos. Se pasaba el día entero puliendo esa joya, ese metal precioso. La pasión que lo distinguió, la pasión que admiramos en él.

El sacerdote es un orfebre. Sabe distinguir las piedras finas, los metales preciosos. Tiene el arte de la distinción. Es un hombre distinguido, palabra que a todo el mundo le gusta, sobre todo a él. El hombre que dedica la vida entera a pulir la joya, el metal precioso que es el alma, engastada en el cuerpo. Por eso la gente lo admira y trata de imitarlo. Hay joyerías invisibles con mostradores de piedras preciosas, deslumbrantes de belleza divina. Al sacerdote, ¿quién no lo es?, le corresponde la tarea de que estén en los centros comerciales, donde el transeúnte descubre asombrado que el orfebre es sacerdote, dedicado a pulir metales preciosos llenándolos de alma, de transparencia divina. El orfebre es sacerdote, el sacerdote es orfebre. El ser humano es el metal precioso que tiene para pulir. No hay nada más precioso en la tierra y en el cielo.

EL SACERDOTE, PROFESIONAL DE LA SENCILLEZ

El sacerdote es artista, el artista es sacerdote. Arte es destreza. El artista es un hombre diestro. Tiene la destreza de poner grandeza en la pequeñez, bondad en la maldad, nobleza en la plebeyez. Conoce el arte de consagrar, de ver a Dios en lo que hace. Vive extasiado de lo que percibe con todo su ser. Con los ojos, los oídos, la nariz, la boca, las manos y los pies, no menos que con la memoria, el entendimiento y la voluntad. Vive asombrado del sentido común, gracias al cual pone, o mejor, no quita de las cosas el sello de la sencillez. “Las mejores cosas están muy cerca: el aire en la nariz, la luz en los ojos, las flores a los pies, las tareas en la mano, la senda de lo correcto delante. No intentes coger las estrellas y haz el trabajo sencillo y común de la vida tal como viene. Vive convencido de que las acciones y el pan de todos los días son las cosas más dulces de la vida” (Robert Stevenson). El sacerdote encuentra en el gesto de Jesús su fuente de inspiración. “Te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla” (Mt 11, 25). El sacerdote se pasa la vida sintonizando con la sencillez.

DIOS EN SU DESNUDEZ

“Cuando miro un bloque de mármol, veo la escultura dentro. Mi labor es retirar los sobrantes, el vestido” (Miguel Ángel). Al sacerdote le pasa como al escultor. Mira la vida, obra de arte por excelencia, vestida con todos los atuendos. Su trabajo consiste en poseerla en su completa desnudez, comenzando por Dios. “Dios es espíritu, fuego, ser y luz. Y, sin embargo, no es nada de todo eso”². Dios, simplemente Dios. “Retiren de Dios todo lo que lo envuelve y cójanlo en su desnudez, en su vestuario, sin nada

¹ S. JUAN MARÍA VIANNEY. *Catequesis sobre la oración* (Breviario IV, 1244).

² SILESIUS, A. *El peregrino querúbico*, Siruela, Madrid 2005. IV, 38, p. 164.

que lo cubra y en su pureza, tal como es en sí mismo. Así permanecerán en Él (Jn 15, 4)³. ¿Cómo hacerlo? “Si lo quieres saber, interroga a la gracia, no a la doctrina; al deseo, no al intelecto; al suspiro de la plegaria, no a la lectura diligente; al esposo, no al maestro; a Dios, no al hombre; a la penumbra, no a la claridad; no a la luz, sino al fuego que todo lo inflama y conduce a Dios con ardiente deseo, fuego que es el mismo Dios”⁴. El sacerdote lee absorto a los místicos. En ellos encuentra la luz que circunda su oscuridad y desnudez. Dios.

TODA VIDA ES VOCACIÓN

Toda vida es vocación. En esta frase, quizás de Pablo VI, encuentro mi visión de la realidad, mi manera de pensar y de sentir. Impresión que con los años se afianza en mí. Me agrada Pablo VI. Gran humanista. Recuerdo, por ejemplo, *Ecclesiam suam*, documento de calor humano, de estilo sobrio, sencillo, sustancial. “La Iglesia tiene necesidad de reflexionar sobre sí misma, tiene necesidad de sentirse vivir. Debe aprender a conocerse mejor, si quiere vivir su propia vocación y ofrecer al mundo su mensaje de fraternidad y salvación”⁵. Siempre me ha resultado grato su lenguaje. “La Iglesia debe entablar diálogo con el mundo en el que tiene que vivir. La Iglesia se hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace coloquio”⁶ (n. 60). Los vocablos palabra, mensaje y coloquio dan a la encíclica un tono sugerente, cordial, de comunión. Buen bagaje para el corazón del sacerdote vivir e irradiar.

Vocación es llamada. Nacer es ser llamado a la vida. Toda vida, más aún, toda existencia es vocación. Esta afirmación abarca todo, hasta el polvo del camino. La piedra era sagrada para los indígenas. Lo sabían muy bien. Ortega y Gasset tiene páginas admirables sobre la vocación. “Lo más interesante no es la lucha del hombre con el mundo, con su destino exterior, sino la lucha del hombre con su vocación. ¿Cómo se comporta frente a su inexorable vocación? ¿Se adscribe radicalmente a ella, o, por el contrario, es un desertor de ella y llena su existencia con sustitutivos de lo que hubiera sido su auténtica vida?”⁷. La vocación es “el imperativo de lo que cada cual siente que tiene que ser, por tanto, que tiene que hacer para ser su auténtico yo. Con máxima frecuencia [...] somos infieles a nosotros mismos y, en vez de sernos, nos des-somos”. El verbo des-ser me encanta a pesar de la tragedia que expresa, negar lo que somos. Vocación es voluntad de mejoramiento permanente, llamada a hacer más bueno lo bueno, “infinita obligación y exigencia de sí mismo ante sí mismo”⁸, voluntad de exigirse cada vez más y mejor. A nadie como al sacerdote le compete el discurso orteguiano.

³ ECKHART, M. *Obras escogidas*, Sermón 19, Edicomunicación, Barcelona 1998, 216.

⁴ SAN BUENAVENTURA. Citado por SILESIUS, o. c., 57.

⁵ *Cinco grandes mensajes*, n. 20, BAC, Madrid 1968, 155.

⁶ *Ibid.*, 176, n. 60.

⁷ ORTEGA Y GASSET, J. *Obras completas*, Revista de Occidente, Madrid 1964, 395.

⁸ *Ibid.*, t. VIII, 565.

El sacerdote, un orfebre mundano

Toda vida es vocación. Más aún, toda vida es sacerdocio. Vocación y sacerdocio son facetas de la misma realidad. El hombre. El hombre está llamado por Dios a dignificar, humanizar y divinizar el cosmos. La afirmación de S. Pablo constituye para el sacerdote un desafío colosal. “La creación entera gime con dolores de parto, esperando la gloriosa liberación de los hijos de Dios” (Rom 8, 22.19). Es apasionante saber que todos los seres de la creación, y no sólo el hombre, están llamados a ser hijos en el Hijo, partícipes de la condición divina. Y que la misión del ser humano es sacerdotal, hacer que todo cuanto existe sea ofrenda al Creador, sea sacerdote a su manera, y así participe de la filiación divina.

SACERDOCIO, FIDELIDAD, PALABRA

Mi teología actual conserva un vago recuerdo de la escolástica aprendida en el seminario hace más de cincuenta años, con un razonamiento filosófico y teológico de poca vibración espiritual. Me sigue sorprendiendo cómo un viejo, nombrado ‘Papa de transición’, según se decía, hiciera aterrizar la formación sacerdotal en el mundo actual. Recuerdo a Juan XXIII con admiración y gratitud, un carismático cuyo secreto consistió en una profunda fidelidad vocacional, celosamente cultivaba, como podemos constatar en su Diario íntimo, que puso al descubierto la riqueza del Espíritu en el mundo. Entiendo el desconcierto que causó su convocación del Vaticano II. Casi nadie se lo imaginaba. Y admiro a sus precursores, como los teólogos de la ‘nueva teología’, entre los cuales está J. Ratzinger.

El sacerdote es amigo de la palabra. Vive en su compañía. Abre un espacio diario al cultivo de la memoria. La literatura, la filosofía y la teología le son familiares. Se pasa las horas disfrutando lo aprendido. Vuelve siempre al punto de partida. “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Y la Palabra se hizo carne” (Jn 1, 1.14). Cuanto más repite estas frases, más lo sorprenden, lo conmueven, le agradan. El misterio lo circunda por todas partes, como la compañía que da sentido a todo, comenzando por sí mismo. Una melodía, un poema, una afirmación filosófica o teológica; una familia, una empresa, una ciudad. Todo es obra suya. Sin ella, sin la Palabra, “no se ha hecho nada de cuanto existe” (Jn 1, 3). La siente presente en cada cosa. Toda inquietud se inspira en ella, en la Palabra. Cuanto más la frecuenta, más sacerdote se siente. Su pasión es contagiarla a los demás. Aprendió en S. Juan de la Cruz que la Encarnación es el misterio de los misterios⁹. Misterio que es persona y no concepto o cosa; Dios haciéndose hombre, la Palabra haciéndose carne. Jesús.

IDENTIDAD, UBICACIÓN Y PERTENENCIA

Toda vida es vocación. Clarificarla es tener identidad, ubicación y pertenencia. El sacerdote sabe preguntarse quién es, dónde está y a quién pertenece. Chopra afirma:

⁹ Cf. *Cántico Espiritual* 5, 3: Las obras “mayores, en que más se mostró (Dios) y en que más él reparaba, eran las de la Encarnación del Verbo”.

“cada uno de nosotros tiene un talento único y una manera única de expresarlo”¹⁰. La educación promueve en el sacerdote el interés por cultivarse y el deseo de servir, de atender necesidades, y así generar abundancia, el secreto de la felicidad. Ayudarle a alguien a sentirse útil, es la mejor forma de ponerlo en el camino de la felicidad, la vida en plenitud. El cultivo de los talentos es ejercicio sacerdotal. Inmortal, la parábola de los talentos (Mt 25, 11-30). Soy lo que hago. Miro lo que hago para saber quién soy. Así no me engaño, los resultados me lo indican con claridad. Para S. Teresa de Jesús las obras, clave del discernimiento, manifiestan en forma infalible lo que soy. Clarifican el sentido de mi vida, quién soy, de dónde vengo, a adónde voy y qué me propongo con mi vida. Así el profesional, el sacerdote queda protegido de la vanidad y de las apariencias que lo pueden engañar aun sin darse cuenta. La obra de S. Teresa es un tratado del arte de vivir.

SE TIENE GENIO PARA LO QUE SE TIENE GUSTO

“Se tiene genio para lo que se tiene gusto” (F. Schlegel). Todo profesional es, a su manera, sacerdote. El gusto con que realiza su profesión lo hace genial llenando su vida de sentido. Gusto es el placer o deleite que se experimenta con algún motivo o se recibe de cualquier cosa, dice el DRAE. Da gusto ver a alguien haciendo con gusto lo que hace. Da gusto escuchar a un sacerdote que celebra y habla al pueblo con gusto. Da gusto conocer gente genial, personas que hacen con gusto lo que hacen. El gusto de una comida, del cuerpo o del alma, está en el gusto que el cocinero pone en su trabajo. El gusto de vivir es propio del sacerdote. Descubrimiento que cada día le apasiona más. El sacerdote es un cocinero de Dios. Cocina a Dios para alimentar a los hombres, eso que todo corazón anhela aun sin saber. Cocina a los hombres para alimentar a Dios, hambriento y sediento de sus criaturas, las obras de su amor divino. Jesús fue cocinero de cocineros.

¿Quién es sacerdote? El cocinero que prepara un plato divino para el hombre, y un plato humano para Dios. Su destreza no tiene límites. Algo inaudito. La intimidad con Dios y la intimidad con el hombre lo llevan a descubrir los ingredientes de sus platos, el humano y el divino. Un día Jesús dijo: “Yo soy el pan de la vida [...] Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo [...] El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él [...] El que coma este pan vivirá para siempre (Jn 6, 48.51.56.58). Jesús es cocinero y pan a la vez. El pan que él mismo prepara. Interesado en dar pan al hambriento y bebida al sediento. “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6, 54). ¿Quién es sacerdote? Quien da de comer “el pan de la vida” (Jn 6, 48), la vida eterna. Así entendemos el lema de Jesús: “Yo hago siempre lo que le agrada a Él (Jn 8, 29)”.

¹⁰ *Las siete leyes espirituales del éxito. Guía práctica para la realización de los sueños*, Norma, Bogotá 1997, 101.

El sacerdote, un orfebre mundano

TODA VIDA ES SACERDOCIO

Toda vida es sacerdocio. La biblia lo cuenta en formas diferentes. En la religión de Israel, la sangre tiene carácter sagrado, porque la sangre es la vida (Lev 17, 11.14; Dt 12, 23), y todo lo que tiene que ver con la sangre está en relación con Dios, único señor de la vida. Por eso se prohíbe el homicidio, la sangre como alimento, y se usa la sangre en el culto. La alianza entre Yahveh y su pueblo se sella con un rito de sangre: la mitad de la sangre de las víctimas se echa sobre el altar, representación de Dios, y la otra mitad sobre el pueblo. Este rito establece un lazo indisoluble, una alianza, entre Dios y su pueblo (cf Zac 9, 11; Heb 9, 16.21). La sangre es esencial en los sacrificios. El sacerdote la derrama sobre el altar como rito de consagración. En el rito pascual, la sangre se pone sobre el dintel y las jambas de la puerta para preservar la casa de la destrucción (Ex 12, 7.22 y 13, 23). Es importante también en la liturgia de expiación en forma de aspersión. La sangre tiene además valor de consagración de los sacerdotes (Ex 29, 20s.; Lev 8, 23s.30) y del altar (Ez 43, 20), como pertenencia a Dios.

JESÚS, SUMO Y ETERNO SACERDOTE

El sacerdote adquiere su sentido en Jesús, aunque él nunca se atribuye este nombre. Su quehacer es mucho más creador que el de todo sacerdote anterior. Se ofrece a sí mismo como víctima en expiación de los pecados, instaurando así la nueva Alianza, salvación del pueblo (cf Mc 14, 24). No vino a derogar la ley sino a cumplirla manifestándose como la revelación suprema, Evangelio de la salvación que realiza definitivamente la ley. Cristo es Sumo Sacerdote (Heb 7, 26). Su sacerdocio está enraizado en su mismo ser, y así es el mediador por excelencia. A la vez verdadero hombre, igual a nosotros, excepto en el pecado (Heb 2, 18; 4, 15; 5, 7s.), que comparte la pobreza humana hasta la tentación (Heb 2, 18; 4, 15), y verdadero Hijo de Dios, superior a los ángeles (Heb 1, 1-13), es el sacerdote único y eterno, que realizó su sacrificio, que fue Él mismo, de una vez para siempre en el templo, destruyendo con su sacrificio el pecado (Heb 7, 27; 9, 12.25-28). Quien cultiva su relación con Jesús, pasa de pecador a santo. Pecado es la lejanía de Jesús, y santidad, su presencia acogida por el hombre. Las buenas obras manifiestan la santidad, no la dan. El que hace obras buenas, secunda en sí mismo la acción del Sumo y Eterno Sacerdote, que es el santo, la santidad.

Me fascina como si fuera una novela la "Introducción al cristianismo" de Ratzinger. Su talante teológico vuela hasta el infinito con sus afirmaciones sobre Jesús. "Para Juan, cuando Jesús se llama a sí mismo hijo, no se refiere a un poder que él se atribuye, sino al carácter relativo de toda su existencia. Al aplicarse ese término, nos dice que su existencia es algo esencialmente relativo, algo que no es sino 'ser de' y 'ser para', pero al mismo tiempo por ser total relatividad, coincide con lo absoluto"¹¹. En Jesús, relación es identidad. Nos enseñó a vivir en relación de amor con todo: cada uno consigo mismo, con los demás, con el cosmos y con Dios. De manera que la relación

¹¹ RATZINGER, J. *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2005, 190.

de amor, con armonía entre ser y hacer, da sentido de plenitud a todo. Jesús es “La identidad del obrar y el ser, de la acción y de la persona, la absorción total de la persona en la obra y la cobertura total de la acción con la persona, que no se reserva nada, sino que se entrega plenamente en ella”¹². En Jesús tenemos el sentido perfecto de unidad por comunión.

En Jesús, “Su doctrina es él mismo. Todo él es hijo, palabra, misión; su obra llega hasta lo profundo de su ser y se identifica con él; lo que lo caracteriza es la unidad de ser y acción [...] El hecho de ser siervo ya no se concibe como una obra tras la cual está la persona de Jesús, sino que implica toda su existencia de tal modo que su ser es todo él servicio”¹³. En el servicio está su interioridad, la comunión con el Padre, su condición de Sumo y Eterno Sacerdote. “Aquí llega a su culmen la inversión cristiana de los valores, aquí se pone en evidencia cómo el que se entrega al servicio de los demás, el que se desprende de su egoísmo y se vacía a sí mismo, es el hombre auténtico, el hombre del futuro, la unión del hombre y Dios”¹⁴. El sacerdote tiene en Jesús el modelo de su identidad, ubicación y pertenencia. Para Jesús, Padre es un concepto relativo, porque la relación es la persona misma, y no algo añadido a la persona. Jesús, pura relación entre Dios y el hombre, entre el hombre y Dios, es fundamento, camino y meta del sacerdote. Dios no da cosas, se da. “Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único [...] no para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él (Jn 3, 16. 17). En Dios, pura relación, hay personas, no cosas. El sacerdote no se pertenece, es relación de-para, de Dios para el hombre, del hombre para Dios.

ES SACERDOTE QUIEN CONSAGRA, SACRIFICA

Es sacerdote el que consagra. Consagrar es descubrir a Dios en personas y cosas. Tiene relación con profano. Profano viene del latín: pro: lo que está delante; y fanum: el templo. Profano es lo que está frente al templo. Profano y sagrado no se excluyen, se complementan. Todas las cosas son profanas. Están frente al templo, que es Dios. Lo profano es sagrado, sin dejar de ser profano, para quien descubre a Dios ahí. Consagrar requiere sensibilidad y sutileza, pues lo divino carece de todo punto de referencia. Todo, especialmente el hombre, se parece a Él. Es su imagen y semejanza. El orante ejerce una función sacerdotal, descubrir a Dios en sí mismo y en las personas y las cosas. Ya Tales en el siglo VI a.C. decía: “Entrad, también aquí hay dioses”. Los dioses están en todo. Abrahán estaba seguro de que los dioses del politeísmo eran “el Dios del Cielo” (Jt. 5, 8). Por eso, llamado por Dios, salió “sin saber a dónde iba” (Heb 11, 8). Gesto sacerdotal por antonomasia. Quien descubre a Dios en sí, en los demás y en el cosmos, sacrifica, consagra, ejerce su vocación de sacerdote.

¹² *Ídem*.

¹³ *Ibid.*, 190-191.

¹⁴ *Ibid.*, 191.

SACERDOCIO COMÚN DE LOS FIELES

Es éste el sacerdocio común de los fieles, cuyo distintivo es la santidad, Dios aconteciendo en todo. “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo [...] Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e inmaculados ante él por el amor” (Ef 1, 2.4). El amor de Dios en Cristo cobija la creación entera desde toda la eternidad. El Vaticano II (LG 10) dice cómo Cristo “hizo de su nuevo pueblo ‘reino y sacerdotes para Dios, su Padre (cfr Apoc. 1, 6; 5, 9-10), de manera que “los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la unción del Espíritu Santo, para que ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (1 Pe 2, 4-10)”. Y cómo todos participamos, de forma peculiar, del único sacerdocio de Cristo. Estas citas del Apocalipsis y de Pedro están inspiradas en Éxodo 19, 6: “Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”. Afirmación que S. Pablo expresa así: “Los exhorto, hermanos, a que se ofrezcan a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios” (Rom 12, 1).

“Cristo lo hace todo nuevo, más aún, él mismo es el nuevo obrar de Dios y sin embargo acoge en sí todas las promesas en las que la historia entera había llegado a él”¹⁵. Ratzinger cita a Jean Colson, refiriéndose al sacerdocio de la antigua alianza: “La función de los Kohanim (hieries) es esencialmente la de mantener al pueblo consciente de su carácter sacerdotal y hacer que viva como tal para glorificar a Dios con toda su existencia”. Y luego habla de cómo “el fin último de toda la liturgia neotestamentaria y de todos los ministerios sacerdotales es hacer del mundo el templo y la oblación para Dios, o sea, hacer que el mundo entero entre a formar parte del cuerpo de Cristo, a fin de que Dios sea todo en todos (cf 1 Cor 15, 28)”¹⁶. Más que de entrar a formar parte del cuerpo de Cristo, se trata de que todo tome conciencia de ser parte del cuerpo de Cristo. El sacerdocio ministerial se diferencia del sacerdocio común de los fieles en el reconocimiento oficial por la ordenación, según el cual el sacerdote se compromete a vivir y enseñar a los demás la vocación sacerdotal. Así como hablamos de “vocación universal a la santidad”: ‘ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación’ (1 Tes 4, 3; Ef 1, 4)” (LG 39), “ya que Cristo se entregó a sí mismo para santificar” a la Iglesia (cf. Ef 5, 25-26), podemos hablar de vocación universal a la mística y al sacerdocio, de manera que cada uno, sacerdote a su modo, se ofrezca como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. Rom 12, 1).

No recuerdo de quién es esta frase: “Hoy somos tan pobres que ni siquiera creemos tener santos, y en caso de que los tuviéramos, no sabríamos cómo tendrían que ser para reconocerlos”. Quien ignora que es rico, actúa como pobre. Las buenas obras no merecen la santidad, la expresan. Ser santo, y ésta es la función del sacerdote, muy fácil, consiste en secundar la acción divina en sí mismo y en todos los seres de la creación. Se cultiva para ver lo invisible, oír lo inaudible, tocar lo intangible, percibir

¹⁵ RATZINGER, J. *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, San Pablo, Madrid 2005, 116-117.

¹⁶ *Ibid.*, 117.

lo imperceptible, que es Dios, como le pasó a Zaqueo. A pesar del éxito, tenía la sospecha de que había algo más. Se encontró consigo mismo al encontrarse con Jesús. Descubrió la riqueza de su vocación sacerdotal, lleno de felicidad, como lo cuenta Lucas (19, 1-10) de modo arrobador.

SACERDOCIO Y SACRAMENTO

Si el Concilio Vaticano II habla de la Iglesia como “sacramento universal de salvación” (LG 1 y 48), y la teología actual habla de “Cristo, sacramento del encuentro con Dios” (Schillebeeckx), el sacramento, más que rito o cosa, es la persona que celebra el rito. Cristo es el sacramento de los sacramentos, la transparencia de Dios para los hombres, de los hombres para Dios. “El que me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14, 9). En el evangelio de Juan, las afirmaciones abundan. “Yo y el Padre somos uno” (10, 30); “he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado” (6, 38); “yo hago siempre lo que le agrada a él” (8, 29). El rito del bautismo expresa la inmersión del hombre en Dios, que comienza al nacer, como afirma S. Pablo de sí mismo: “Aquel que me separó desde el seno de mi madre para revelar en mí a su Hijo” (Gál 1, 15). Según Ratzinger, “el pueblo de la nueva alianza se convierte en pueblo a partir del cuerpo y de la sangre de Cristo [...] por la comunión con Cristo se abre la relación con Dios, que el hombre no está en condiciones de establecer por sí mismo”¹⁷. La oración, las buenas obras son ejercicio bautismal. El rito expresa lo que somos, criaturas de amor. La misión sacerdotal tiene sentido en toda profesión.

SACERDOTE Y EUCHARISTÍA

La eucaristía es comunión de personas. Jesús es eucaristía, vive en comunión con su Padre. En cada acción se dirige a Él lleno de gratitud: “Padre, te doy gracias por haberme escuchado” (Jn 11, 41). El rito de la eucaristía expresa la comunión de las personas, la verdadera eucaristía. “Comunión significa, pues, fusión de las existencias; como en la alimentación puede el cuerpo asimilar una sustancia extraña y así vivir, también mi yo es “asimilado” al mismo Jesús, hecho semejante a él en un intercambio que rompe cada vez más la línea de separación. Es lo que ocurre con los que comulgan; todos son asimilados a este ‘pan’, haciéndose así mutuamente una sola cosa, un solo cuerpo. De este modo la eucaristía edifica a la Iglesia [...] agrupándonos en una profunda comunión existencial”¹⁸. Quien comulga, no recibe propiamente el cuerpo del Señor, es recibido en Él. Leemos en S. Agustín: ‘Soy alimento de adultos: crece, y podrás comerme. Y no me transformarás en sustancia tuya, como sucede con la comida corporal, sino que tú te transformarás en mí’¹⁹. La obra de los místicos, como S. Teresa de Jesús y S. Juan de la Cruz, es un tratado eucarístico, comunión de Dios con el hombre, del hombre con Dios. Su contenido es sacerdotal.

¹⁷ RATZINGER, J. *La Iglesia*, p. 25.

¹⁸ *Ibid.*, 33.

¹⁹ *Confesiones*, 7, 10, 18.

SACERDOTE Y BAUTISMO

Todos los sacramentos son bautismo: inmersión del hombre en Dios, cada uno a su manera. En la teología actual se afirma que todo es susceptible de ser sacramento, hasta una colilla de cigarrillo. Es sacerdote quien se ejercita en el arte de hacer de todo un sacramento, una transparencia de Dios. Obra del sacerdocio común de los fieles. Todo ser humano puede ser sacerdote. Cuando “una realidad del mundo, sin dejar el mundo evoca otra realidad [...] asume una función sacramental”²⁰. Deja de ser cosa para convertirse en signo, en símbolo. La colilla de cigarrillo, por ejemplo, siendo algo desechable, si alguien la vuelve símbolo adquiere un valor inestimable que guarda como un tesoro, como le pasó L. Boff mientras estudiaba en Alemania, lejos de Brasil, su país natal, a quien su mamá y su hermana le enviaron la colilla del último cigarrillo que se fumó su papá antes de morir. Símbolo que Leonardo atesoró.

DOS QUE SON UNO

Los místicos recurren siempre a esta afirmación de S. Pablo: “Y vivo, mas ya no yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20). Texto que S. Juan de la Cruz comenta así: “Porque en decir, vivo yo, ya no yo, dio a entender que aunque vivía él, no era vida suya, porque estaba transformado en Cristo, que su vida más era divina que humana; y por eso dice que no vive él, sino Cristo en él. De manera que, según esta semejanza y transformación, podemos decir que su vida y la vida de Cristo toda era una vida por unión de amor, lo cual se hará perfectamente en el cielo en divina vida en todos los que merecieron verse en Dios, porque, transformados en Dios, vivirán vida de Dios y no vida suya, aunque sí vida suya, porque la vida de Dios será vida suya”²¹. La función del sacerdote es vivir vida de Dios y promoverla en todos los seres de la creación. El verdadero bautismo de Jesús en el Jordán fue la voz del cielo: “Este es mi Hijo muy amado en quien me complazco” (Mt 4, 17; cf Lc 4, 18 y Mt 17, 5).

Me fascina la poesía de Pablo Neruda, como “Los versos del capitán”. “Cuando vas por las calles / nadie te reconoce. / Nadie ve tu corona de cristal, nadie mira / la alfombra de oro rojo / que pisas donde pasas / la alfombra que no existe”. El sacerdote ve lo que no existe, lo que nadie más ve, la presencia divina en cada cosa. El *Cantar de los Cantares* es un poema de amor humano, perfecto para cantar el amor divino. San Juan de la Cruz lo supo. Por lo humano subió a lo divino y por lo divino bajó a lo humano, hasta superar el epitalamio bíblico. La *Noche oscura*, el *Cántico Espiritual* y la *Llama de amor viva* son obras maestras de un sacerdote que pone el mundo entero en manos del Creador, envuelto en la fascinación de la belleza literaria. “Descubre tu presencia / y máteme tu vista y hermosura / mira que la dolencia / de amor que no se cura / sino con la presencia y la figura”. Quien acuña estos versos pone en marcha su vocación sacerdotal. Lleva al lector de la mano a hacer lo mismo.

²⁰ BOFF, L. *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*, Indo American Press Service, Bogotá 1990. Cf. 21-24.

²¹ *Cántico espiritual* 12, 7-8.

EL SACERDOTE Y LOS MÍSTICOS

Cada día descubro más mi vocación sacerdotal en los místicos del Carmelo. S. Teresa ve a Dios en todo. Dios “es como un manjar que comen de él muchas personas, y las que comen poquito, quédales sólo buen sabor por un rato; las que más, ayuda a sustentar; las que comen mucho, da vida y fuerza; y tantas veces se puede comer y tan cumplido de este manjar de vida, que ya no coman cosa que les sepa bien sino él”²². Todo ser humano come al menos ‘un poquito’ de ese manjar. Sus sueños, sus ideales, sus buenas obras y sus buenas palabras, que nunca le faltan, así lo indican.

Con imágenes diferentes, S. Juan de la Cruz dice lo mismo. “Podemos decir que cuantos grados de amor de Dios el alma puede tener, tantos centros puede tener en Dios, uno más adentro que otro [...] De manera que para que el alma esté en su centro, que es Dios, según hemos dicho, basta que tenga un grado de amor, porque por uno solo se une con él por gracia”²³. Todo ser humano tiene vocación mística, pues cuenta por lo menos con un grado de amor. Hace bien en dedicar un momento cada día a concretar a qué grado de amor quiere llegar al fin de la jornada. Con la felicidad de alcanzarla.

S. Teresita tuvo también vocación sacerdotal. “Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. El, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras. Yo nunca lo he oído hablar, pero siento que está dentro de mí, y que me guía momento a momento y me inspira lo que debo decir o hacer [...] En el momento en que las necesito, descubro luces en las que hasta entonces no me había fijado. Y la mayor parte de las veces no es en la oración [...] sino en medio de las ocupaciones del día”²⁴. El secreto del sacerdote es su intimidad con Jesús. Teresita vivió el sacerdocio común de los fieles en forma admirable. Su vida fue una “ofrenda al amor misericordioso”.

PUNTO DE LLEGADA

Mi sacerdocio se alimenta de los místicos. Me agrada, para terminar, esta página de Jan van Ruysbroeck (1293-1381), el místico flamenco:

Aquí comienza un hambre eterna que no se calma jamás. Es una avidez y voracidad de la voluntad y todo su espíritu, creado, a la vista del Bien increado. El espíritu presionado e impelido por Dios quiere disfrutar, quiere siempre conseguirlo. Es el comienzo de una avidez eterna, de aspiración insaciable en eterna inquietud. Estos son los más pobres de todos los vivientes. Ávidos y voraces porque padecen hambre insaciable. Nunca se sienten satisfechos, por más que coman y beban. Es hambre de eternidad. Un vaso creado no puede contener un bien increado. Aquí se hace sentir un hambre eterna, y

²² *Vida*, 22, 16.

²³ *Llama*, I, 12.13.

²⁴ *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 1996, 245; MA 83v.

El sacerdote, un orfebre mundano

Dios todo lo inunda a la vez que permanece oculto. Sobreabunda la comida y bebida cuyo sabor nadie conoce si no lo ha gustado. Pero completa saciedad de gozo allí no existe. Este es el único plato que falta. Por eso se renueva siempre el hambre, aunque fluyan dentro toques, ríos melifluos, llenos de todo deleite²⁵.

Me interesa que cada uno tome conciencia de ser río melifluido que, naciendo en el corazón de Dios, irriga cada sentimiento, cada pensamiento, cada palabra y cada acción, y con esta misión cumplida, desemboque en el lugar de origen, el corazón de Dios. Síntesis armoniosa de sacerdocio común y sacerdocio ministerial.

BIBLIOGRAFÍA

- BOFF, L. *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*, Indo American Press Service, Bogotá 1990.
- CHOPRA, DEEPAK. *Las siete leyes espirituales del éxito. Guía práctica para la realización de los sueños*, Norma, Bogotá 1997.
- ECKHART, M. *Obras escogidas*, Sermón 19, Edicomunicación, Barcelona 1998,
- ORTEGA Y GASSET, J. *Obras completas*, Revista de Occidente, Madrid 1964.
- RATZINGER, J. *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2005.
- RATZINGER, J. *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, San Pablo, Madrid 2005.
- RUYBROECK, J. *Bodas del alma. La piedra brillante*, Sígueme Salamanca 1989.
- S. JUAN MARÍA VIANNEY. *Catequesis sobre la oración* (Breviario IV, 1244).
- SILESIUS, A. *El peregrino querúbico*, IV, Siruela, Madrid 2005.

²⁵ RUYBROECK, J. *Bodas del alma. La piedra brillante*, Sígueme Salamanca 1989, 118.